

WILKIE COLLINS

**PROFUNDIDADES
HELADAS**



En un baile magnífico, Clara Burham conoce a Frank Aldersley de quien queda profundamente enamorada. ¿Cómo se lo explicará a Richard Wardour, su pretendiente que acaba de regresar de la India para pedirla en matrimonio? ¿Cómo reaccionará este al encontrarse cara a cara con Frank Aldersley? ¿En qué extraordinarias circunstancias tendrá lugar el enfrentamiento entre los dos amantes? ¿Podrán regresar a su patria los tripulantes del Wanderer y del Sea-Mew?

PROFUNDIDADES HELADAS es un libro poco habitual en la obra de Wilkie Collins. Concebido inicialmente como pieza dramática, dado el éxito alcanzado en Inglaterra y los Estados Unidos, fue desarrollado en forma de narración breve por su autor a petición de sus lectores.

INTRODUCCIÓN

A propósito de las aventuras y transformaciones de “Profundidades Heladas”

Durante el año 1856 escribí una obra de teatro titulada *The Frozen Deep* (Profundidades Heladas).

La obra fue interpretada por actores aficionados en la casa del difunto Charles Dickens, el 6 de enero de 1857. El señor Dickens en persona interpretó el papel principal —lo hizo con una realidad, una fuerza y una pasión que nunca olvidarán aquellos que tuvieron la suerte de presenciarlo—. Los demás personajes de la historia fueron representados por las mujeres de la familia Dickens, por el difunto Mark Lemon (editor de *The Punch*), por el difunto Augusto Egg, por R. A. (el artista) y por el que esto escribe.

La última representación de *The Frozen Deep* (realizada por una compañía de aficionados) tuvo lugar en The Gallery of Illustration, en Regent Street, ante la Reina y la familia Real, bajo la dirección de la propia Reina. Después de esta representación especial, siguieron otras, primero en The Gallery of Illustration y, más tarde (con actores profesionales), en algunas de las principales ciudades de Inglaterra, para beneficencia de la familia de un querido amigo nuestro que murió en 1857, el difunto Douglas Jerrold. En Manchester, la obra tuvo que ser representada dos veces en el transcurso de una noche, en presencia de trescientos espectadores. Esta fue, creo, la mejor representación de *The*

Frozen Deep. La extraordinaria inteligencia y el entusiasmo del auditorio nos estimularon a hacerlo lo mejor posible. Dickens se superó a sí mismo. Una frase tan trillada como la que sigue es la que mejor define su actuación: electrizó, literalmente, al auditorio.

Ahora presento, como una curiosidad que puede ser apreciada por mis lectores habituales, una porción de la obra original puesta en escena en Manchester. Para mí se ha convertido en uno de mis mejores recuerdos. De los nueve actores aficionados que hicieron los papeles masculinos (uno de ellos era mi hermano y el resto mis mejores amigos), solo dos de ellos, aparte de mí mismo, están vivos: Mr. Charles Dickens Jr. y Mr. Edward Pigott.

Una vez acabadas las representaciones en provincias, pasaron cerca de diez años antes de que los focos volvieran a iluminar *The Frozen Deep*. En 1866 acepté una propuesta de Mr. Horace Wigan para producir la obra (con algunas modificaciones y añadiduras) en una sala pública: The Olympic Theatre, Londres.

La primera representación tuvo lugar (mientras yo me encontraba ausente de Inglaterra) el veintisiete de noviembre del mencionado año. Mr. Neville realizó el papel que encarnara Dickens.

Siete años después de la representación de The Olympic Theatre, *The Frozen Deep* alcanzó todavía más éxito en otro lugar que no es Inglaterra, bajo una forma totalmente nueva.

Los otoños e inviernos de 1873-75, muy agradables para mí, los pasé viajando por los Estados Unidos de América; recibí del generoso pueblo de este gran país una acogida tan espléndida y agradable, que no la olvidaré en el resto de mis días. Durante mi estancia en América, leí en público en las principales ciudades una de mis novelas cortas llamada *La Dama del Sueño*. Al concluir mi gira en Boston, mis amigos me aconsejaron que diera, si era posible, una atrac-

ción especial a mi despedida de América presentando a mis auditores un nuevo trabajo.

Con este objeto, y disponiendo de poco tiempo, me acordé de *The Frozen Deep*. La obra no había sido publicada nunca, por lo que decidí reescribirla en forma de narración para el público que me escuchaba. La experiencia resultó ser mucho más exitosa de lo que pudiera prever. Con dos horas de duración, el transformado *Frozen Deep* atrajo desde el principio hasta el final el interés y las simpatías del auditorio. Espero tener otras oportunidades de leerlo en público, en mi propio país, como ocurrió en los Estados Unidos.

Últimamente he recibido, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, varias propuestas para publicar mis «lecturas» y ahora empiezo con *The Frozen Deep*. Las historias que he entregado a la imprenta son, en todo caso, considerablemente más largas que las que yo leí. Las limitaciones del tiempo, en el caso de dirigirse a un público que te está escuchando, hacen que necesariamente se tenga que abreviar el desarrollo del carácter e incidentes, que sin embargo resulta esencial en la presentación de un trabajo en su forma literaria.

Solo debo añadir, en favor de aquellos que vieron y que no han olvidado la obra teatral, que la versión en narrativa de *The Frozen Deep* se halla lejos del tratamiento de la historia en la primera escena de la versión dramática aunque (salvo una excepción en la escena tercera) sigue la obra lo más fielmente posible en las escenas siguientes.

W. C.

I

EL BAILE

Lo que vamos a referir ocurrió en un puerto inglés hace ya bastantes años.

El alcalde y el Ayuntamiento de aquella ciudad dieron un gran baile nocturno para despedir a los miembros de una expedición ártica. Dos barcos estaban dispuestos para zarpar al día siguiente, con la marea matutina, en busca del paso del Noroeste. Estos barcos eran el «Wanderer» y el «Sea-Mew».

Fue un baile magnífico, con banda completa, celebrado en un salón espacioso que comunicaba con un invernadero, también de grandes proporciones, decorado con flores y macizos y alumbrado con linternas chinas.

Hicieron las señoras un asombroso alarde de elegancia, y en cuanto a belleza, lograron alcanzar una proporción extraordinaria, acaso la mayor a que en estas fiestas se haya llegado.

En el momento que nos referimos se bailaba una «quadrille», y la admiración general recaía sobre dos damas que en ella tomaban parte. La una, belleza morena, en la flor de la feminidad, era la mujer del primer oficial del «Wanderer», Crayford; la otra, una muchacha pálida y delicada, sencillamente vestida de blanco y sin otro ornamento en su cabeza que una magnífica cabellera color de caoba, era miss Clara

Burham, una huérfana, íntima amiga de mistress Crayford, que iba a vivir con ella durante la ausencia del teniente en las regiones árticas. Bailaba con el propio Crayford, y tenía como «vis-á-vis» a la esposa de este y al capitán Helling, oficial, comandante del «Wanderer».

La conversación entre el capitán y la señora de Crayford, en uno de los intervalos de la danza, versaba sobre miss Burham. El capitán estaba grandemente interesado por ella; admiraba su belleza, pero le parecía que sus maneras, para una joven, eran extrañamente graves y melancólicas.

—¿Está delicada de salud?

La señora de Crayford asintió con la cabeza, suspirando misteriosamente, y dijo:

—«Muy» delicada de salud, capitán Helling.

—¿Enfermedad consuntiva?

—De ninguna manera.

—Me alegra oírlo. Es una criatura encantadora, mistress Crayford, que me interesa de una manera indecible. Si fuera yo veinte años más joven... Pero, como no lo soy, valdrá más no terminar la sentencia... ¿Es indiscreto preguntar qué la ocurre?

—Podría serlo de parte de un extraño —dijo la señora Crayford—, pero un antiguo amigo como usted puede hacer esas preguntas. Quisiera decirle qué le ocurre a Clara, pero es un misterio hasta para los mismos médicos. Alguna parte del mal se debe, en mi humilde opinión, a la manera de haber sido educada.

—¡Hola! Mala escuela, supongo.

—Muy mala, capitán Helling. Pero no la clase de escuela en que usted piensa en este momento. Los primeros años de Clara transcurrieron en una casa vieja y solitaria de los «Highlands», de Escocia. La gente ignorante que la rodeaba fue la que hizo el mal de que os hablo, llenando su mente de todas las supersticiones respetadas como verdades en aquel inculto país, especialmente la superstición llamada «la segunda vista».

—¡Dios me bendiga! —exclamó el capitán—. ¿No querrá usted decir que cree en semejantes tonterías? ¡En estos tiempos de progresos científicos!

Mistress Crayford mira a su pareja con irónica sonrisa.

—En estos tiempos luminosos, capitán Helling, creemos en mesas que giran y en mensajes enviados desde el otro mundo por espíritus que no pueden hablar. En comparación con estas supersticiones, ¿no cree usted que la de la segunda vista, por su forma poética, puede tener alguna ventaja? Juzgue usted por sí mismo el efecto de este ambiente en una criatura delicada y sensitiva, en una muchacha de temperamento imaginativo que ha llevado una vida solitaria y descuidada. ¿Es tan sorprendente que se haya contagiado de las influencias supersticiosas que la rodeaban? ¿Y es tan incomprensible que su sistema nervioso haya sufrido, en consecuencia, en un periodo tan crítico de su vida?

—No del todo, mistress Crayford; no del todo, al menos del modo en que presenta usted las cosas. Sin embargo, es aún algo extraordinario para un hombre vulgar, como yo, encontrar en un baile a una señorita que cree en la segunda vista, esto es, que cae en trance, ve a la gente de lejanos países y predice los acontecimientos. ¿No es esta la segunda vista?

—Esa es la segunda vista, capitán. Y eso es, real y positivamente, lo que hace Clara Burham.

—¿La señorita que baila frente a nosotros?

—La señorita que baila frente a nosotros.

El capitán esperó un momento, para dejar que estos nuevos datos se asentaran firmemente en su imaginación. Cumplido este proceso mental, el explorador ártico prosiguió resueltamente en su camino de nuevos descubrimientos.

—¿Me permite otra pregunta, señora? ¿La ha visto usted alguna vez en estado de trance?

—Mi hermana y yo la vimos en ese estado hace poco más de un mes —contestó la señora de Crayford—. Estuvo nerviosa e irritable por la mañana, y la llevamos al jardín para que respirara el aire puro. Repentinamente, sin razón para ello, perdió el color. En un momento se encontró entre nosotras insensible al tacto y al sonido, inmóvil como una piedra y fría como la misma muerte. El primer cambio que advertimos en ella vino después de un lapso de algunos minutos. Sus manos empezaron a moverse lentamente, como si estuviera tanteando en la oscuridad. Las palabras caían de su boca en un tono perdido, vacío, como se habla en sueños. Si lo que dijo se refería al pasado o al futuro, no lo sé. Habló de personas de un país extranjero, absolutamente desconocidas para mi hermana y para mí. Después de un pequeño intervalo quedó silenciosa. Reapareció momentáneamente el color de su cara y volvió tornarse pálida. Se cerraron sus ojos, le fallaron las piernas y cayó insensible en nuestros brazos.

—Cayó insensible en brazos de ustedes —replicó el capitán, absorbiendo estos nuevos informes—. ¡Cosa más extraordinaria! ¡Y en este estado de salud va a las fiestas y a los bailes! ¡Aún más extraordinario!

—Está usted completamente equivocado —dijo mistress Crayford—. Ha venido esta noche solo por complacerme, y si baila es por dar gusto a mi marido, ya que es norma en ella huir de la sociedad. El doctor la recomienda cambio de aires y entretenimientos, pero no quiere escucharle. Exceptuando raras ocasiones, como esta, persiste en quedarse en casa.

El capitán Helling se animó con la alusión al doctor. Algo práctico podría lograrse de él. Era un hombre de ciencia, y seguramente vería el caso bajo una nueva luz.

—¿Qué impresión tiene el doctor? —preguntó Helling.

—No ha dado ninguna impresión positiva —contestó la señora de Crayford—. Dice que casos como el de Clara no son, en manera alguna, extraños a la práctica médica. «Sa-

bemos —añade— que ciertas condiciones de desorden del cerebro y del sistema nervioso producen resultados tan notables como los que usted me ha descrito, y aquí termina nuestro conocimiento del asunto. Ni mi ciencia ni la de ningún otro hombre puede aclarar el misterio en el caso presente, que es de un tratamiento especialmente difícil, porque las primeras asociaciones de ideas de miss Burham la predisponen a conceder una importancia supersticiosa a la enfermedad que sufre, histerismo, como algunos doctores la llamarían. Puedo dar a usted algunas instrucciones para preservar el estado general de su salud, y puedo recomendarle que pruebe a hacer algún cambio en su vida; pero procure usted primero librar su mente de cualquier secreta ansiedad que posiblemente la está minando». Esto es lo que dice el doctor.

El capitán sonrió, en aprobación de sus propios pensamientos. El doctor había justificado sus previsiones, y al hacerlo había sugerido una solución práctica de la dificultad.

—¡Vaya, vaya! ¡Al fin hemos dado en el clavo! ¡Ansiedades, secretos! ¡Sí, sí! ¡Perfectamente claro! Una contrariedad amorosa, ¿eh, mistress Crayford?

—No lo sé, capitán Holding; estoy en la más completa oscuridad. La confianza de Clara en mí, en otros asuntos, es ilimitada; en este de sus supuestas amistades es nula. En todo lo demás somos como hermanas. Algunas veces temo que verdaderamente haya alguna perturbación que mine secretamente su cerebro, y otras, también, me siento un poco dolorida de su incomprensible silencio.

El capitán Holding acudió en seguida a esta dificultad con su remedio práctico.

—Infundirla valor es todo lo que necesita. Estoy convencido de que este asunto depende enteramente de usted; todo él cabe en una cáscara de nuez. Anímela para que confíe en usted, y *confiará*.

—Espero para hacerlo, capitán, a que se quede sola conmigo, después que ustedes se hayan hecho a la vela

para los mares árticos. Entretanto, ¿quiere usted considerar lo que le he dicho como una cosa absolutamente privada entre usted y yo? ¿Y me perdonará usted si le digo que el giro que el asunto ha tomado no me incita a proseguir tratándolo?

Aceptó el capitán la insinuación, e inmediatamente cambió de asunto, eligiendo algunos tópicos profesionales. Habló de barcos que habían recibido órdenes de salir para el extranjero, y como no lograra interesar a mistress Crayford, tomó el rumbo contrario, refiriéndose a barcos que tenían que volver al país. Esto último produjo un efecto con el cual el capitán no había contado.

—¿Sabe usted —empezó— que se espera de un momento a otro el regreso del «Atlanta» de la costa occidental de África? ¿Tiene usted algunos conocidos entre los oficiales de ese buque?

Ocurrió que estas preguntas fueron hechas a la señora de Crayford mientras estaban efectuando una figura del baile, lo cual hizo que fueran oídas por la otra pareja. En el mismo momento —con el mayor asombro de sus amigos y admiradores—, miss Clara Burham confundió a la «quadri-llé» equivocándose de figura. Todos esperaban verla deshacer el entuerto, pero no lo intentó siquiera. Se puso intensamente pálida y cogió a su pareja por el brazo.

—¡El calor! —dijo desmayadamente—. ¡Sacadme al aire libre!

El teniente Crayford, al instante, la llevó fuera del salón y la condujo al fresco y vacío invernadero, al final de la habitación, como era natural, el capitán Helsing y mistress Crayford abandonaron la «quadri-llé» al propio tiempo. El capitán vio la oportunidad para una broma.

—¿Es que viene el trance? —murmuró—. Si es así, como comandante de la expedición ártica tengo que hacer un ruego particular. ¿Será tan amable la segunda vista que me haga ver la ruta más corta para el paso del Noroeste antes de dejar Inglaterra?

La señora Crayford declinó seguir el humor del capitán.

—Perdone usted que le deje —dijo tranquilamente—; quiero probar a ver si averiguo lo que ocurre a miss Burham.

La señora de Crayford encontró a su marido a la entrada del invernadero. El teniente era de mediana edad, alto y bello, con una sencillez y amabilidad de maneras que le ganaba generales simpatías y una irresistible bondad en sus bravos ojos azules. En una palabra: un hombre a quien todos querían, incluso su mujer.

—No te alarmes —dijo el teniente—. El calor la ha vencido. Eso es todo.

Mistress Crayford sacudió la cabeza y miró a su marido entre cariñosa e irónica.

—¡Inocente!... Por mi parte, no creo una palabra de ello. Vete a buscar otra pareja y déjame con Clara.

Entró en el invernadero y se sentó al lado de la joven.

II

HISTORIA DE CLARA

—Vamos, querida mía —empezó mistress Crayford—, ¿qué le ocurre? ¿Qué significa esto?

—Nada.

—No puede ser. Dígamelo sin recelo.

—El calor de la habitación...

—Dígame que prefiere guardar su secreto, y entonces lo comprenderé perfectamente.

Los ojos tristes, de un gris pálido, de Clara se elevaron por primera vez hacia el rostro de su amiga, y de pronto los humedecieron las lágrimas.

—¡Sí me atreviera a decírselo! —murmuró—. ¡Tengo tanto miedo a perder la buena opinión que tiene usted de mi!

La actitud de la señora Crayford cambió.

Sus ojos se fijaron, graves y ansiosos, en la faz de Clara.

—Usted sabe tan bien como yo que nada puede hacer variar mi afecto hacia usted —dijo—. Haga usted justicia, hija mía, a su antigua amiga. No hay nadie que escuche lo que decimos. Ábrame su corazón, Clara. La veo a usted afligida, y quiero consolarla.

Clara empezó a ceder, o, lo que es lo mismo, a poner condiciones.

—¿Me promete usted guardar para todo el mundo el secreto de lo que yo diga?

Mistress Crayford respondió con otra pregunta:

—¿En ese «todo el mundo» está incluido mi marido?

—¡Su marido más que nadie! Le quiero y le reverencio. ¡Es tan noble y tan bueno! Si le dijera lo que voy a contar a usted, me despreciaría. Dígame claramente, Lucía, si le pido a usted mucho exigiéndola que guarde el secreto a su marido.

—¡Qué tontería, niña! Cuando usted se case comprenderá que a nadie se le oculta un secreto mejor que al marido. ¡Se lo prometo! ¡Ahora, empiece!

Clara dudaba dolorosamente.

—¡No sé cómo empezar! —exclamó en un arranque de desesperación—. No encuentro palabras para ello.

—Yo le ayudaré. ¿Se siente usted enferma esta noche? ¿Se encuentra usted tan mal como cuando salió con mi hermana y conmigo al jardín aquel día?

—No.

—No está usted enferma, no está afectada por el calor y, sin embargo, se ha puesto usted pálida como la cera y se ha visto obligada a abandonar, la «quadrille». Indudablemente, hay una razón para ello.

—Hay una razón... El capitán Helling...

—Pero ¿qué tiene que ver el capitán Helling con todo esto?

—Le ha dicho a usted algo acerca del «Atlanta»; le ha dicho que se esperaba su regreso inmediatamente.

—Bueno, ¿y qué? ¿Hay alguien en ese barco cuyo regreso le interese?

—Hay alguien cuya vuelta me aterra.

El asombro hizo aún más magníficos los ojos negros de mistress Crayford.

—¡Querida Clara! ¿Ha querido usted decir realmente lo que ha dicho?

—Aguarde usted un poco, Lucy, y juzgará por sí misma. Retrocedamos, si ha de entenderme usted, al año en que nos conocimos, a los últimos días de la vida de mi padre. ¿Le he dicho a usted que mi padre, por motivos de salud, se trasladó a una casa que en el condado de Kent le cedió un amigo suyo?

—No, querida. No recuerdo que me haya usted hablado de semejante casa de Kent. Dígamelo.

—No hay nada que decir, excepto esto. La casa estaba situada en el parque de una hermosa finca. El propietario de esta era un caballero llamado Wardour, era uno de los amigos de mi padre en Kentish. Wardour tenía un hijo...

Hizo una pausa y comenzó a jugar nerviosamente con su abanico. Mistress Crayford la miraba atentamente. Los ojos de Clara permanecieron fijos en el abanico, y no decía nada.

—¿Cómo se llamaba el hijo? —preguntó calmosamente mistress Crayford.

—Richard.

—¿Estoy en lo cierto al sospechar que míster Richard Wardour la admiraba a usted?

—Al principio me fue difícil saber si me admiraba o no. Era un hombre muy extraño. Terco, terriblemente terco y apasionado, pero generoso y cariñoso, a despecho de sus defectos de temperamento. ¿Comprende usted un carácter como este?

—Semejantes caracteres existen a millares. Yo también tengo mis defectos de carácter, y Richard empieza a gustarme.

—Los días y las semanas sucedíanse, y Richard y yo pasábamos cada vez más tiempo juntos. Empecé poco a poco a sospechar la verdad.

—Y Richard, naturalmente, ayudó a usted a confirmar esa sospecha.

—No. Desgraciadamente para mí, no es de esa clase de hombres. Jamás me habló de lo que sentía por mí. Fui yo la